

hicisteis prodigios de caridad y desprendimiento, al ver que las aguas sepultaban vuestra ciudad episcopal: resonaron en torno vuestro iguales bendiciones, se pusieron en vuestra mano iguales medios, para las obras de beneficencia que os tocaba emprender?

¡Ay! En los tiempos que corren, apenas cubrir malamente las brechas abiertas por el enemigo puede el Prelado mexicano, y de cuán diverso modo que en los siglos pasados!

Brechas tuvo que llenar el insigne Arzobispo Haro y Peralta. Huecos, al parecer irreparables, había dejado en el profesorado, en las misiones, en los ministerios eclesiásticos, la Pragmatica sancion de Carlos III; y sin embargo, él encontró elementos con qué remediar tamaños desastres. ¡Dichoso Prelado que pudo tantas veces, nunca estorbado y siempre bendecido, practicar la visita pastoral de su vastísima arquidiócesi, que en vez de quejarse como vos, Ilmo. Señor, de la falta de sacerdotes, los ordenó á millares durante su fecundo pontificado, que pudo fundar hospitales, restaurar colegios, emprender obras grandiosas en lo temporal y en lo espiritual!

Brechas tuvo que llenar Posada y Garduño; y con usura reparó los desastres causados en tantos años de anarquía. La Iglesia agradecida recuerda sus beneficios; aún no se borran las huellas de las nuevas órdenes religiosas en su tiempo introducidas; aún están escritos en la historia con áureos caracteres los favores por el impartidos á la Nacion. Cuando este buen Prelado, el último Arzobispo de México que gobernó feliz y tranquilo, recibió la consagracion episcopal, empezabais, Ilmo. Señor, á ejercer el fecundo ministerio, á que vamos á lanzar una rápida ojeada.

III.

Estoy seguro, Ilmo. Señor, que haciendo abstraccion del inmenso concurso que nos rodea, vuestro pensamiento vuela, con el nuestro, á la iglesia de San Francisco de vuestra nativa Zamora. Allí se

me figura contemplaros el 8 de Diciembre de 1839, inmoldando por vez primera el Cordero sin mancha; y nuevo Melquisedec, ofreciendo sobre el altar el celeste pan y el místico vino. Se me figura, despues que vuestros deudos y el devoto pueblo os han besado las palmas recién consagradas, veros absorto ante el tabernáculo, y entonando de rodillas himnos eucarísticos al Señor que os ha elegido su sacerdote por toda una eternidad.

¿Qué os dice al oído vuestro ángel tutelar, que con tanta felicidad os ha guiado hasta el fin de la primera jornada? ¿Os hace, por dicha, entrever vuestros futuros destinos? ¿Os revela las luchas que vais á sostener, las victorias ¡ay! demasiado fugaces que os han de alegrar, los reveses, las ingratitudes, las penas que os han de agobiar durante medio siglo? ¿Descorre á vuestros ojos el velo de lo futuro, y os muestra, por acaso, los primeros asaltos que se dirijirán á la Iglesia, precisamente en los momentos en que la Iglesia estará generosamente socorriendo á la Patria, ultrajada por injusto invasor? ¿Os anuncia los nuevos y rudos ataques de que será blanco al acabar vos mismo de recibir la plenitud del sacerdocio? ¿Os predice las constantes persecuciones en que vos sereis siempre la primera víctima, aún de parte de aquellos cuyo sostén os habreis constituido?

Yo no lo sé, en verdad; pero sí comprendo que vuestro primer sacrificio ha sido grato á los ojos del Señor; y aunque no baje fuego divino á consumir vuestras ofrendas como las del justo Abel, señales evidentes han de mostrar al mundo incrédulo que han sido aceptadas por el Padre Omnipotente, y que El estará siempre con vos y guiará vuestros pasos. Id, y ejerced en las aulas el modesto, pero meritorio apostolado del Profesor. Subid á la tribuna, aún no vedada al eclesiástico, y encended en todos los pechos la viva llama del patriotismo que desde temprano os anima. Mostraos en el foro abogado del huérfano y del desvalido. Tronad en el púlpito contra el vicio. Lle-

vad al moribundo los auxilios de la Sagrada Religion de que sois digno ministro: el Señor está con vos, y os hará pasar ileso por enmedio del fuego.

No vacileis en ceñir la brillante mitra que el Estado, unido aún á la Iglesia, os ofrece en temprana edad. Es cierto que será para vuestras sienas corona de espinas y manantial inagotable de acerbos dolores; pero el Señor estará con vos en medio de las batallas, que sereis el primero en librar; El os acompañará á través de los mares; El os salvará de todos los peligros; El os hará tornar glorioso y triunfante al seno de la Patria, adornado ya con el pálio de la Iglesia de México.

¡Más ay! La columna por vos mismo erigida para sostener la amenazada Iglesia, se desplomará sobre vos y os amagará de muerte. No temais: vuestro primer sacrificio ha sido aceptado por el Altísimo; El os salvará; El os conducirá de nuevo á través del Océano; El os traerá una vez más al suelo patrio, y conservándoos fuerte y robusto, á despecho de los esfuerzos del tiempo, armará vuestro brazo y os hará descollar majestuoso entre los escombros del arruinado Templo, dándoos virtud para reedificarlo con vuestro aliento, y para hacer que se reanimen los áridos huesos de sus yertos adoradores.

Señores: en sus libros inspirados promete Dios largos años de vida sobre la tierra al que honrare debidamente á su madre. El medio siglo de fecundo sacerdocio que la Providencia ha concedido al Pastor que hoy felicitamos, ¿no es una prueba divina de que ha honrado de una manera extraordinaria á su madre la Iglesia, y á su madre la Patria? Recordad, si no, los variados sucesos de su vida sacerdotal y política; sucesos que no me es lícito conmemorar en este día, porque equivaldría á hacer su panegírico, y el Espíritu Santo nos prohíbe alabar á un hombre, por grande que sea, ántes que haya bajado al sepulcro. Igualmente declara Salomon, bajo el dictado del mismo Divino Espíritu, que el sucederse los Príncipes uno tras otro es un castigo impuesto á los pecados del pue-

blo. Por el contrario, el gobierno prolongado de un caudillo, y con mayor razon, de un Obispo, es una señal de predileccion á sus súbditos, es una recompensa, es un singular beneficio. Grande fuente de consuelo, por tanto, debe ser para nosotros, el ver que el anciano Arzobispo de Guadalajara completó hace muchos meses, y el Metropolitano de México termina en este día faustísimo, los cincuenta años de sacerdocio, y que uno y otro se encuentran en el séptimo lustro de su episcopado. No, no ha vuelto el Señor las espaldas á México, á pesar de sus pecados sin número, cuando así prolonga la vida de sus espirituales caudillos. No, todavía queda alguna virtud en nuestra patria, todavía hay esperanzas para nuestra adorable Religion: *propter hominis sapientiam vita ducis longior erit.* (Prov. XXVIII, 10.)

En el libro del Levítico está escrito: *santificarás el año quincuagésimo, porque es año de jubileo*, y la Iglesia cristiana, conformándose á tan justo mandato, celebra con gracias extraordinarias el año que señala la mitad de cada siglo, y el que marca el fin de cada centuria. En la vida del hombre igualmente se guarda como época de júbilo especial el aniversario semi-secular de un matrimonio, de la recepcion de un médico ó de un abogado, de la primera misa de un sacerdote.

Y con razon. Si cincuenta años es ya un largo periodo en la historia del mundo, cuánto más largo no será comparado con la vida relativamente breve de un hombre sobre la tierra. No hace aún diez y nueve siglos que Jesucristo espiró en el Calvario; aún no se cumplen cuatro desde que su Cruz gloriosa fué plantada en el Nuevo Mundo. Haber ejercido cincuenta años el ministerio sacerdotal, significa, por tanto, haber trabajado en la viña del Señor la trigésima séptima parte del periodo empezado con la introduccion del cristianismo en nuestra México. Y si tan largos sudores merecen en el cielo eterna recompensa, y en la tierra cordial gratitud, aún tratándose de un simple acólito ó lector, de un oscu-

ro diácono, de un humilde párroco, ¿qué será siendo vos el héroe, Señor Ilustrísimo, vos, que durante tantos años no sólo habeis sido *magna pars* en los acontecimientos que han señalado esta época memorable para la Iglesia y el Estado, sino que habeis sido y sois el centro á donde se dirigen todas las miradas, habeis personificado, y personificais aún la Iglesia toda de la Nación Mexicana?

Con razon de todas partes hemos venido á felicitaros, y á rendiros el homenaje de admiracion y gratitud, que todos sin excepcion os debemos, y antes que ninguno, vuestro siervo y hermano. ¿Recordais el pequeño oratorio de Roma, en que, hace 27 años, el día caluroso en que la Iglesia celebra el martirio del protodiácono San Lorenzo, me conferisteis el orden del diaconado? Hoy vengo á restituiros la potestad de predicar que entonces me disteis. Vengo, quizás ántes de enmudecer para siempre, á entonar en vuestro honor el canto del cisne. Bien lo notais, señores: ya no vibra sonora, como antes, la voz cuyo timbre hace once y hace veinticinco años con tanta benevolencia escuchabais, y muchos indicios me anuncian que pronto vá á espirar mi mision en el púlpito. Ya desaparecieron los cabellos que aún sombreaban mi rostro cuando en torno mío os apiñabais; y hoy comparezco delante de vosotros agobiado con el peso de casi cuatro lustros de azaroso episcopado. Y soy un niño en comparacion del Prelado que contemplais robusto y vigoroso, y que puede decir, como Caleb á los 85 años exclamaba: mi salud es tan buena como hace medio siglo, y la robustez de los días de mi juventud aún se conserva, sea que se trate de largas marchas, sea que se hable de combatir: *illius in me temporis fortitudo usque hodie perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum.* (Jos. XIV. 11.)

¡Venerables Hermanos en el Episcopado! Me regocijo de veros reunidos en derredor del que es Metropolitano de muchos, Padre de no pocos, Hermano de todos. Jamás en la América española se había visto reunido un número mayor

de Prelados, ni en los Concilios Mexicanos, ni en los de Lima, ni en los recientes de Quito y Bogotá. Muchos de vosotros recibisteis la consagracion episcopal de manos del que hoy venís á felicitar, y le deseasteis larga, muy larga, larguísima vida, repitiendo por tres veces la frase litúrgica *ad multos annos*. Repetidla conmigo ahora, que más que nunca veis la necesidad de que siga por muchos años presidiéndonos, escudándonos, dirigiéndonos.

¡Pueblo Santo de Dios! ¡Con qué placer giro en derredor los ojos, y contemplo extasiado el arranque de gratitud que os ha traído á las plantas del gran Metropolitano! Aquí estais reunidos en gran número, piadosos habitantes de la Capital y de la Arquidiócesi, que sois testigos inmediatos de sus virtudes y sus sufrimientos. Aquí estais habitantes de Zamora, que os gloriáis de haber nacido su cuna y de deberle el engrandecimiento de vuestra nativa ciudad. Aquí os contemplo, fieles de Puebla, ufanos de haber sido sus primeros hijos. Aquí miro representantes de Sonora y de Chiapas, de Yucatan y Nuevo Leon, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra República. Aquí veo á los Enviados de las naciones extranjeras, á quienes debidamente agradecemos esta muestra de deferencia y de respeto al insigne Pastor. Aquí descubro aún á muchos que no pueden llamarse por cierto ovejas de este retil, y vienen sin embargo á rendir homenaje á la virtud, al talento, á la bondad del gran sacerdote.

¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores: escucha benigno la súplica que, á semejanza del pueblo de Hipona, te dirige de nuevo por mis labios este inmenso concurso. Prolonga la vida tan necesaria del buen Padre y Pastor; concédenos que podamos otra vez reunirnos dentro de diez años á celebrar su jubileo episcopal: *exaudi Christe, Pelagio vita.*

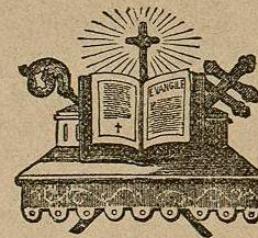
DEFUNCION.

El día 20 de Diciembre próximo pasado falleció en Lagos el Sr. Pbro. D. Anastacio Limon, sacristan Mayor de Arandas.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ENERO 22 DE 1890.

NUM. 26.

SECCION I.

Sagrada Congregacion de Indulgencias.

DECRETUM

URBIS ET ORBIS.

Sanctissimus Dominus Noster Leo Papa XIII summopere exoptans, ut erga Sanctissimum Patriarcham Joseph B. Mariae Virginis sponsum cultus impensius foveatur, Ejusque praesentissimum patrocinium efflagitetur, his praesertim rerum publicarum adjunctis, quibus ob succrescentem in dies inimicorum audaciam Jesu Christi Ecclesia acrius oppugnatur, per Literas Encyclicas datas sub die 15 Augusti 1889 Marialibus precibus Sanctissimi Rosarii, quas mense integro Octobri Ipsemet Sanctissimus recitandas alias decrevit, superaddendam indixit Orationem ad Sanctum Josephum quam praefatis Literis adnexuit. Eadem porro Sanctitas Sua quae singulis Christifidelibus eandem Orationem publicae Rosarii recitationi per mensem Octobrem addentibus Indulgentiam septem annorum totidemque quadragenarum singulis vicibus acquirendam jam attribuit, in Audientia habita die 21 Septembris 1889 ab infrascripto Secretario S. Congregationis Indulgentiarum sacrisque Reliquis praepositae motu proprio eidem Orationi aliam Indulgentiam, defunctis quoque applicabilem, adjicere dignata est *dierum ter-*

centorum semel in die quovis anni tempore lucranda ab universis Christifidelibus, qui corde saltem contriti ac devote supramemoratam Orationem etiam privatim recitaverint. Praesenti *in perpetuum* valituro absque ulla Brevis expeditione. Contrariis quibuscumque non obstantibus.

Datum Romae ex Secretaria ejusdem S. Congregationis die 21 Septembris 1889.

Pro Emo ac Rmo Dmo C. Cardinale

CRISTOFORI, Praefecto.

ALOISIUS Card. Episcopus SABINENSIS,
ALEXANDER Episcopus OENSIS, Secretarius.

SECCION III.—Variedades.

DISCURSO

LEIDO

Por el Señor Lic. D. José de Jesus Cuevas,

En la velada literaria que tuvo lugar por las bodas de oro del Illmo. Sr. Labastida.

Si es grato en el siempre dulce y amoroso hogar, regocijarse en el aniversario del natalicio de un padre querido y respetado, gratísimo es tambien en el amplio seno de la familia cristiana, cuyos vínculos no han brotado de la carne ni la sangre, sino del espíritu, celebrar con santo júbilo el tierno recuerdo del día en que naciera á la inmortalidad del sacerdocio, un Pastor